

Virginia Woolf

# Las olas

Traducción de José Luis López Muñoz



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

## Título original: *The Waves*

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Laura Knight: *Costa de Cornwallles* (detalle), 1917.

Óleo sobre lienzo (Wales National Museum).

© Bridgeman Images

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

© de la traducción: José Luis López Muñoz, 2023

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-361-2

Depósito legal: M. 16.992-2023

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

*El sol no había salido aún y era imposible distinguir el cielo del mar, si se exceptúa la ligera ondulación del agua, como cuando se arruga un paño. De manera gradual, mientras el cielo se aclaraba, una línea oscura se instaló en el horizonte, dividiéndolo, y el paño gris se llenó de gruesas pinceladas que, una tras otra, se movieron, sucesivas, bajo la superficie, persiguiéndose en perpetua agitación.*

*Cada franja, al acercarse a la costa, se alzaba, estrechándose, para quebrarse y extender sobre la arena un delicado velo de agua transparente. La de aquel momento hizo una pausa y a continuación se adelantó de nuevo, suspirando como alguien cuya respiración va y viene mientras duerme. Poco a poco la línea oscura en el horizonte se aclaró como si, al estabilizarse, el sedimento de una botella de vino añejo hubiera permitido al cristal recuperar su color verde. Detrás, el cielo se aclaró como si también allí se hubiese depositado el sedimento blanco, o como si el brazo de una mujer*

*tumbada debajo del horizonte hubiese alzado una lámpara y líneas horizontales de blanco, verde y amarillo se extendieran por el cielo como las varillas de un abanico. Luego, al levantar más la lámpara, el aire pareció hacerse fibroso y desprenderse de la superficie verde para parpadear y arder en lenguas rojas y amarillas como el fuego humeante que crepita en una hoguera. Las llamas se fundieron despacio en una neblina incandescente que levantó el peso del cielo gris, semejante a lana, convirtiéndolo en un millón de átomos de suave color azul. La superficie del mar, también sin prisa, se hizo transparente y se llenó de olas resplandecientes hasta que casi desaparecieron las franjas oscuras. Poco a poco el brazo que sostenía la lámpara la alzó más y más hasta que apareció una llama más ancha; existía ya un arco de fuego que ardía en el borde del horizonte, y, a su alrededor, un mar de oro resplandeciente.*

*La luz alcanzó los árboles del jardín e hizo que, una tras otra, las hojas se transparentaran. Un pájaro trino en lo alto; después de una pausa otro le respondió más abajo. El sol afiló las paredes de la casa, descansó como el final de un abanico sobre un estor blanco y dejó una huella azul de sombra bajo la rama situada junto a la ventana del dormitorio. El estor se agitó apenas, pero todo el interior estaba a oscuras y resultaba insustancial. En el exterior los pájaros siguieron cantando su melodía sin contenido.*

–Veo un anillo –dice Bernard– suspendido por encima de mí, que se estremece y flota en un círculo de luz.

–Veo un bloque de color amarillo pálido –dice Susan– que se extiende hasta unirse con una franja morada.

–Oigo algo –dice Rhoda–, diversos cantos de aves, cantos de mayor y menor intensidad.

–Veo un globo –dice Neville– que cuelga sobre la ladera de una colina enorme.

–Veo una borla carmesí –dice Jinny– entreverada con hilos de oro.

–Oigo algo que cocea –dice Louis–. Un animal de gran tamaño está encadenado por una pata. Y una y otra vez golpea el suelo.

–Mirad la telaraña en la esquina del balcón –dice Bernard–. Alberga perlas de agua, gotas de luz blanca.

–Las hojas se reúnen alrededor de la ventana como orejas puntiagudas –dice Susan.

–Una sombra cae sobre el sendero –dice Louis–, semejante a un codo doblado.

–Islas de luz nadan sobre la hierba –dice Rhoda–. Han caído a través de los árboles.

–Los ojos de los pájaros brillan al fondo de los pasadizos entre las hojas –dice Neville.

–Los tallos están recubiertos de pelos ásperos, muy cortos –dice Jinny–, que han almacenado gotas de agua.

–Una oruga se ha enroscado sobre sí hasta convertirse en un anillo verde –dice Susan–, con marcas de pies romos.

–El caracol de concha gris atraviesa el sendero y el césped que deja atrás sigue aplastado –dice Rhoda.

–Y desde los cristales de la ventana se encienden y apagan luces ardientes en la hierba –dice Louis.

–Las piedras me enfrían los pies –dice Neville–. Las siento todas, redondas o puntiagudas, por separado.

–Me arde el dorso de la mano –dice Jinny–, pero la palma está húmeda y pegajosa por el rocío.

–Ahora el gallo canta como si fuera un denso chorro de agua roja en la marea blanca –dice Bernard.

–Los pájaros van y vienen a nuestro alrededor, cada uno con su canción –dice Susan.

–La bestia golpea el suelo; el elefante encadenado; el enorme animal en la playa –dice Louis.

–Mirad la casa –dice Jinny–, con los estores blancos en las ventanas.

–El agua fría empieza a salir del grifo de la cocina –dice Rhoda– y cae sobre la caballa que está en el cuenco.

–En las paredes se dibujan grietas doradas –dice Bernard– y de debajo de las ventanas surgen sombras azules, con forma de dedos.

–Ahora la señora Constable se estira las gruesas medias negras para taparse mejor las piernas –dice Susan.

–Cuando el humo se alza, el sueño se evapora sobre el tejado como una niebla –dice Louis.

–Los pájaros cantan primero en coro –dice Rhoda–. Y la puerta de la cocina ya está abierta. Los pájaros salen volando. Emprenden el vuelo como un puñado de simientes. Pero hay uno que canta, solo, junto a la ventana del dormitorio.

–En el fondo de la olla se forman burbujas –dice Jinny–. Luego suben, cada vez más deprisa, hasta formar una cadena plateada en la superficie.

–Sobre la tabla de la cocina Bidy retira las escamas del pescado con un cuchillo dentado –dice Neville.

–La ventana del comedor ya ha adquirido color azul marino –dice Bernard–, y el aire se estremece por encima de las chimeneas.

–En el pararrayos se ha posado una golondrina –dice Susan–. Y Bidy ha derramado el agua del cubo sobre las baldosas de la cocina.

–Eso que se oye es la primera campanada desde la torre de la iglesia –dice Louis–. Luego siguen las demás; una, dos; una, dos; una, dos.

–Mirad el mantel, que vuela, todo blanco, sobre la mesa –dice Rhoda–. Enseguida aparecen redondeles de loza también blanca, y manchas argentadas junto a cada plato.

–De repente me zumba una abeja en el oído –dice Neville–. Está aquí; ya ha pasado.

–Ardo, tiritito cuando dejo la luz del sol y entro en la sombra –dice Jinny.

–Ya se han ido todos –dice Louis–. Me he quedado solo. Han vuelto a la casa para desayunar mientras yo estoy aquí,

junto a la pared, entre las flores. Es muy temprano, antes de las clases. Cada una de las flores es un puntito sobre la profundidad del verde, y los pétalos, arlequines. Los tallos se alzan desde los negros huecos inferiores. Las flores nadan sobre las oscuras aguas verdes como peces hechos de luz. Me apodero de un tallo. Soy ese tallo. Mis raíces se hunden en las profundidades del mundo, a través de la arcilla seca y de la tierra húmeda, atravesando vetas de plomo y plata. No soy más que fibra. Todos los temblores me estremecen, y el peso de la tierra me oprime las costillas. Aquí arriba mis ojos son hojas verdes, ciegas. Soy un muchacho con pantalones grises de franela y un cinturón con una hebilla de latón en forma de serpiente. Allí abajo mis ojos son los ojos sin párpados de una figura de piedra en un desierto junto al Nilo. Veo mujeres que se dirigen hacia el río con cántaros rojos; veo camellos que se mecen al andar y hombres enturbantados. Oigo pisotear, oigo temblar a cosas que se remueven a mi alrededor.

»Bernard, Neville, Jinny y Susan (aunque Rhoda no) recorren aquí arriba los arriates con sus cazamariposas. Aprisionan a los lepidópteros en las partes más altas de flores que hacen reverencias. Acarician la superficie del mundo. Sus cazamariposas están llenos de alas palpitantes. Gritan: “¡Louis! ¡Louis! ¡Louis!”. Pero no me ven. Estoy del otro lado del seto. Sólo hay rendijas diminutas entre las hojas. Señor, haz que pasen de largo. Señor, que depositen sus mariposas en un pañuelo sobre la grava. Que cuenten sus ejemplares de ortigueras, de atalantas y de mariposas blancas de la col. Pero que a mí no me vean. Soy verde como un tejo a la sombra del seto. Mis cabellos es-



tán hechos de hojas. Mis raíces llegan al centro de la tierra. Mi cuerpo es un tallo. Hago presión en el tallo. Del agujero que es mi boca rezuma una gota que, despacio, al tiempo que se espesa, se hace cada vez más grande. Ahora pasa por delante de la rendija algo de color rosa. Es el rayo de una mirada lo que la atraviesa y me alcanza. Soy un niño con un traje gris de franela. Me ha encontrado. Recibo un golpe en la nuca. Ha sido un beso. Todo salta hecho añicos.

–Iba corriendo –dice Jinny– después del desayuno. A través de un agujero en el seto vi hojas que se movían. Pensé «Eso es un pájaro en su nido». Aparté las hojas para mirar, pero no había ni pájaro ni nido. Las hojas siguieron moviéndose. Me asusté. Corrí hasta dejar atrás a Susan, a Rhoda, a Neville y a Bernard que hablaban en el cobertizo de las herramientas. Gritaba mientras corría, cada vez más deprisa. ¿Qué movía las hojas? ¿Qué me mueve el corazón y las piernas? Y terminé aquí, viéndote tan verde como un matorral, como una rama, inmóvil por completo, Louis, mirando fijamente. «¿Está muerto?», pensé, y te besé, con el corazón saltándome bajo el vestido rosa igual que las hojas, que siguen moviéndose, aunque no hay nada que las mueva. Ahora los geranios; huelo la tierra mohosa. Bailo. Me agito. Caigo sobre ti como una red de luz. Permanezco, estremecida, temblando sobre ti.

–A través de la rendija entre las hojas –dice Susan–, vi cómo le besaba. Alcé la cabeza del tiesto y miré a través de una rendija en el seto. La vi besándolo. Los vi, Jinny y Louis, besándose. Ahora envolveré el sufrimiento con mi pañuelo. Lo apretaré mucho hasta redondearlo. Iré sola al hayedo, antes de las clases. No me sentaré junto a Jinny

ni junto a Louis. Me llevaré el sufrimiento y lo colocaré sobre las raíces bajo las hayas. Lo examinaré y me lo pondré entre los dedos. Los demás no me encontrarán. Comeré nueces y escudriñaré las zarzas en busca de huevos y se me enredará el pelo, dormiré bajo los setos, beberé agua de las acequias y me moriré allí mismo.

–Susan se nos ha adelantado –dice Bernard–. Ha pasado por delante de la puerta del cobertizo con el pañuelo hecho una bola. No estaba llorando, pero tenía los ojos, que son muy hermosos, tan entornados como los ojos de los gatos antes de saltar. Voy a seguirla, Neville. Iré detrás con mucho cuidado, dispuesto, con mi curiosidad, a confortarla cuando estalle, rabiosa, pensando: «Estoy sola».

»Ahora atraviesa el césped contoneándose, despreocupada, para engañarnos. Llega hasta lo más alto; cree que no la ve nadie; echa a correr con los puños apretados. Sus uñas se hunden en el burujo que forma el pañuelo. Se dirige a los hayedos, alejándose de la luz. Extiende los brazos cuando llega y entra en la sombra como se lanza al agua una nadadora. Pero, cegada por la oscuridad, tropieza y cae sobre las raíces debajo de los árboles, donde la luz parece respirar de manera entrecortada. Las ramas suben y bajan. Aquí aparecen agitación y conflicto. Melancolía. La luz es intermitente. Angustia. Las raíces crean un esqueleto sobre el suelo, con hojas muertas amontonadas en los rincones. Susan ha extendido su congoja. El pañuelo arrugado descansa sobre las raíces de las hayas, y ella solloza, sentada, encogida, en el sitio donde ha caído.

–La vi besarlo –dice Susan–. Miré a través de las hojas y la vi. Se presentó bailando, salpicada de diamantes, ligera como polvo. Y yo soy rechoncha, Bernard, soy baja.

Mis ojos están más cerca del suelo y veo insectos en la hierba. El calor dorado en mi costado se petrificó cuando vi que Jinny besaba a Louis. Comeré hierba y moriré en el agua marrón de la acequia donde se han deshecho las hojas muertas.

–Te he visto –dice Bernard– cuando pasabas por delante del cobertizo de las herramientas y te he oído gritar «soy muy desgraciada». Dejé la navaja. Neville y yo tallábamos barcos con la leña que se utiliza para alimentar el fuego. Y tengo el pelo alborotado, porque cuando la señora Constable me dijo que me peinara había una mosca en la telaraña, y pregunté: «¿Debo liberar a la mosca? ¿O dejar que la araña se la coma?». De manera que siempre llego tarde. Estoy despeinado y las virutas se me pegan al pelo. Al oírte gritar te seguí y vi que sacabas el pañuelo, hecho una bola, con su rabia, con su odio, bien atados. Pero pronto se terminará todo eso. Ahora nuestros cuerpos están cerca. Me oyes respirar. Ves también al escarabajo que acarrea una hoja sobre el lomo. Corre en una dirección, luego en otra, de manera que incluso tu deseo, mientras vigilas al escarabajo, de poseer una sola cosa (ahora se trata de Louis) tiene que titubear, como la luz que va y viene sobre las hojas del haya; y luego las palabras, en las profundidades de tu cabeza, romperán ese núcleo de dureza, tan hundido en tu pañuelo.

–Amo –dice Susan– y odio. Sólo deseo una cosa. Tengo los ojos llenos de dureza. Los de Jinny se rompen en un millar de luces. Los de Rhoda son como esas flores pálidas a las que acuden las mariposas nocturnas. Los tuyos se llenan y rebosan sin romperse nunca. Pero yo no me aparto ya de mi propósito. Veo insectos en la hierba. Aun-

que mi madre todavía me teje calcetines blancos y me confecciona delantales y todavía soy una niña, amo y odio.

–Pero cuando nos sentamos juntos, muy cerca –dice Bernard–, nos fundimos mediante frases. Nos soldamos con la neblina. Creamos un territorio imaginario.

–Veo el escarabajo –dice Susan–. Es negro, me doy cuenta; es verde, también me doy cuenta; me retienen las palabras, una a una. Pero tú te alejas; te escabulles; subes más alto, con más y más palabras en frases.

–Ahora –dice Bernard– vamos a explorar. Hay una casa blanca entre los árboles. Está allí abajo, muy lejos de nosotros. Nos hundiremos como nadadores que sólo tocan el fondo del mar con los dedos de los pies. Nos hundiremos a través del aire verde de las hojas, Susan. Nos hundimos mientras corremos. Las olas se cierran sobre nosotros, las hojas de las hayas se reúnen sobre nuestras cabezas. En el reloj de la caballeriza las manecillas doradas brillan. Ésas son las partes planas y las alturas de los techos de la mansión. Desde el patio llega el ruido de las botas de goma del mozo de cuadra. Estamos en Elvedon.

»Ahora hemos descendido a la tierra atravesando las copas de los árboles. El aire ha dejado de mecer sus tristes olas, largas y moradas, sobre nosotros. Tocamos la tierra; pisamos el suelo. Ése es el seto, muy recortado, del jardín de las damas. A mediodía lo recorren y cortan rosas. Ya estamos en el bosque circular con su muro alrededor. Esto es Elvedon. He visto letreros en los cruces de caminos con un brazo que señala “A Elvedon”. Nadie ha estado allí. El olor de los helechos es muy intenso, y debajo crecen setas rojas. Vamos a despertar a las grajillas dormidas que no han visto nunca una forma humana; pisa-

mos las agallas podridas de los robles, enrojecidas por la edad y resbaladizas. Hay un muro circular en torno a este bosque; aquí no viene nadie. ¡Escucha! Escucha el ruido de un sapo gigantesco entre la broza; y eso otro ha sido el impacto sobre el suelo de alguna piña primigenia que ha caído y que se pudrirá entre los helechos.

»Pon el pie sobre ese ladrillo. Mira por encima del muro. Eso es Elvedon. Fíjate en la señora que escribe entre dos altas ventanas. Los jardineros barren el césped con escobones gigantescos. Somos los primeros que venimos aquí. Los descubridores de una tierra ignota. No te muevas; si nos vieran dispararían contra nosotros. Y nos colgarían de la puerta de la caballeriza como si fuésemos comadrijas. ¡Mira! No te muevas. Agárrate a los helechos en lo más alto del muro.

–Veo a la señora que escribe. Y al jardinero que barre –dice Susan–. Si muriésemos aquí nadie nos enterraría.

–¡Corre! –dice Bernard–. ¡Corre! ¡Nos ha visto el jardinero barbudo! ¡Dispararán contra nosotros! ¡Nos matarán como si fuésemos arrendajos y nos clavarán en el muro! Estamos en territorio hostil. Tenemos que refugiarnos en el hayedo. Escondernos bajo los árboles. He torcido una rama mientras veníamos. Existe un sendero secreto. Agáchate todo lo que puedas. Y sigue corriendo sin volver la vista atrás. Pensarán que somos zorros. ¡Corre!

»Ya estamos a salvo. Podemos volver a enderezarnos. Estirar los brazos bajo este dosel tan alto, en este bosque tan extenso. No oigo nada. Eso es sólo el murmullo de las olas. Eso otro es una paloma torcaz que se descubre al echar a volar desde las copas de las hayas. La torcaz agita el aire con alas de madera.

—Ahora divagas —dice Susan—, haciendo frases. Subes como la cuerda de un globo, cada vez más alto, a través de las sucesivas capas de hojas, hasta perderte de vista. Ahora te quedas atrás. Me tiras de la falda, miras atrás, haces frases. Te me has escapado. Aquí está el jardín. Aquí está el seto. Y Rhoda en el camino, meciendo pétalos en su cuenco marrón.

—Todos mis barcos son blancos —dice Rhoda—. No quiero pétalos rojos de malvarrosas ni de geranios. Quiero pétalos blancos que floten cuando inclino el cuenco. Ya tengo una escuadra que viaja de orilla a orilla. Lanzaré una rama que sirva de balsa a un marinero que se está ahogando. Dejaré caer una piedra y veré cómo suben las burbujas de las profundidades del mar. Neville se ha ido y también se ha ido Susan; Jinny está en la huerta, recogiendo grosellas, quizá con Louis. Dispongo de un breve tiempo de soledad, mientras la señorita Hudson coloca nuestros cuadernos sobre la mesa del aula. Un breve espacio de libertad. He reunido todos los pétalos caídos y los he puesto a nadar. A algunos les he añadido gotas de lluvia. Plantaré aquí un faro, un brote de aliso de mar. Y ahora agitaré el cuenco marrón de lado a lado para que mis barcos cabalguen sobre las olas. Algunos se irán a pique. Otros se estrellarán contra las rocas. Hay uno que navega solo. Ése es el mío. Penetra en cavernas heladas donde ladra la foca y cuelgan de las estalactitas cadenas verdes. Las olas se alzan; sus crestas se rizan; fíjate en las luces de los mástiles. Se han dispersado, se han hundido, todos menos mi nave, que cabalga sobre las olas, va por delante del vendaval y llega hasta las islas donde parlotean los papagayos y donde las plantas trepadoras...

—¿Dónde está Bernard? —dice Neville—. Tiene mi navaja. Estábamos en el cobertizo de las herramientas tallando barcos, y Susan pasó por delante de la puerta. Bernard dejó caer lo que tenía entre manos y fue tras ella llevándose mi navaja, la más afilada, que es la que esculpe la quilla. Bernard es como un alambre que cuelga, el badajo roto de una campana, siempre vibrando. Es como las algas que cuelgan por fuera de la ventana, húmedas primero, secas después. Me deja en la estacada; sigue a Susan; y si Susan llora, sacará mi navaja y le contará historias. La hoja grande es un emperador; la que está rota, un negro. Aborrezco las cosas que cuelgan; no me gustan las cosas húmedas. Tampoco me gusta deambular ni hacer mezclas. Ahora suena la campana y llegaremos tarde. Debemos abandonar nuestros juguetes. Tenemos que ir juntos. Los cuadernos están colocados uno al lado de otro sobre la mesa tapizada de paño verde.

—No voy a conjugar el verbo —dice Louis— hasta que lo haga Bernard. Mi padre es banquero en Brisbane y yo hablo con acento australiano. Esperaré y pronunciaré como Bernard, que es inglés. Los demás son todos ingleses. El padre de Susan es clérigo. Rhoda perdió al suyo. Bernard y Neville son hijos de caballeros. Jinny vive con su abuela en Londres. Ahora chupan el capuchón de la pluma. Cierran los cuadernos y, mirando de reojo a la señorita Hudson, cuentan los botones morados de su corpiño. Bernard tiene una viruta en el pelo. Susan, los ojos enrojecidos. Los dos están sofocados. Pero yo soy pálido y una persona pulcra, y sujeto correctamente el pantalón bombacho con un cinturón que tiene una serpiente en la hebilla de latón. Me sé la lección de memoria. Sé más de

lo que ellos sabrán nunca. Me sé los casos y los géneros; sabría todo lo que se puede saber en el mundo si quisiera. Pero no me apetece salir a dar la lección. Mis raíces están entrelazadas, como las de una planta en un tiesto, vueltas y más vueltas alrededor del mundo. No quiero adelantarme y vivir a la luz de este gran reloj, de esfera amarilla, que hace tictac todo el tiempo. Jinny y Susan, Bernard y Neville se unen formando un látigo con el que azotarme. Se ríen de mi pulcritud, y de mi acento australiano. No intentaré imitar a Bernard ceceando en latín con suavidad.

–Eso son palabras blancas –dice Susan–, semejantes a los cantos rodados que se recogen a la orilla del mar.

–Mueven la cola de derecha a izquierda mientras las utilizo –dice Bernard–. Agitan la cola; la menean; van por el aire en bandadas, primero en una dirección, luego en otra, todas juntas, para enseguida separarse y volver a reunirse.

–Eso son palabras amarillas, palabras apasionadas –dice Jinny–. Me gustaría tener un vestido fogoso, un vestido amarillo, un vestido leonado para ponerme por la noche.

–Cada tiempo verbal –dice Neville– tiene un significado distinto. Existe un orden en este mundo; hay distinciones, hay diferencias en este mundo a cuya orilla me asomo. Porque esto no es más que un principio.

–Ahora la señorita Hudson –dice Rhoda– ha cerrado el libro. Comienza el terror. Apoderándose de un trozo de tiza escribe cifras, seis, siete, ocho, y luego una cruz y a continuación una línea en el encerado. ¿Cuál es la respuesta? Los otros miran; miran como si entendieran. Louis escribe; Susan escribe; Neville escribe; hasta Bernard ha empezado ya a escribir. Pero yo no puedo escribir. Sólo



veo cifras. Los otros van entregando sus respuestas, uno a uno. Me llega el turno. Pero carezco de respuesta. Las cifras no significan nada ya. El significado ha desaparecido. El reloj marca el tiempo. Las dos manecillas son caravanas que atraviesan un desierto. Las barras negras en la esfera del reloj son oasis verdes. El minuterero va por delante, en busca de agua. La otra manecilla avanza penosamente dando tumbos entre rocas ardientes. Morirá en el desierto. La puerta de la cocina se cierra de golpe. Muy a lo lejos ladran unos dingos. Mira, la curva de la cifra empieza a llenarse de tiempo; sostiene al mundo en ella. Empiezo a dibujar una cifra y el mundo está dentro, y yo misma quedo fuera; pero ahora soy yo quien une los extremos; lo cierro y queda completo. El mundo está completo y yo me he quedado fuera, gritando: «¡Sálvame de quedar para siempre excluida de la curva del tiempo!».

—Ahí se ha quedado Rhoda —dice Louis—, mirando la pizarra en el aula, mientras nosotros deambulamos, cogiendo aquí un poquito de tomillo, afanando después una hoja de abrotano mientras Bernard cuenta un sucedido. Sus omóplatos se le reúnen en la espalda como las alas de una mariposilla. Y mientras mira fijamente las cifras escritas con tiza, Rhoda está pendiente de esos círculos blancos, atraviesa esas curvas blancas hasta el vacío, sola. Para ella no tienen ningún sentido. Carece de respuesta. Le falta el cuerpo que los demás sí tienen. Y yo, que hablo con acento australiano, y tengo un padre que es banquero en Brisbane, no la temo como temo a los otros.

—Reptemos ahora —dice Bernard— bajo el dosel de hojas de grosellero y contemos historias. Habitemos el inframundo. Tomemos posesión de nuestro territorio secreto,

iluminado por grosellas que cuelgan como arañas, brillando en rojo por un lado y en negro por el otro. Aquí, Jinny, si nos acurrucamos muy juntos, podemos sentarnos bajo el dosel de las hojas de los groselleros y ver columpiarse a los incensarios. Estamos en nuestro universo. Los otros recorren el camino para coches. Las faldas de la señorita Hudson y de la señorita Curry pasan por delante como apagavelas. Ésos son los calcetines blancos de Susan. Esos otros, las pulcras playeras de Louis, que dejan una huella muy precisa sobre la gravilla. Ahora nos llegan ráfagas calientes con el olor de las hojas que se desintegran, de vegetación que se pudre. Estamos ya en un pantano; en una jungla infectada de paludismo. Hay un cadáver de elefante, blanco ya debido a los gusanos, muerto por una flecha que le ha alcanzado directamente en un ojo. Son bien visibles los ojos brillantes de las aves que planean: águilas, buitres. Nos confunden con árboles caídos. Se ensañan con un gusano (en realidad se trata de una cobra con capucha) y le dejan con una herida marrón ulcerada para ser despedazado por leones. Éste es nuestro universo, iluminado por estrellas y lunas en cuarto creciente; y grandes pétalos, medio transparentes, bloquean las aberturas como ventanas moradas. Todo es extraño. Las cosas son enormes y muy pequeñas. Los tallos de las flores son tan gruesos como robles. Las hojas están tan altas como las cúpulas de vastas catedrales. Somos gigantes, aquí tumbados, y podemos hacer que los bosques tiemblen.

—Eso es aquí —dice Jinny—, eso es ahora. Pero nos iremos pronto. La señorita Curry no tardará en hacer sonar su silbato. Caminaremos. Nos separaremos. Iréis al insti-

tuto. Tendréis profesores que llevarán corbata blanca y se colgarán cruces del pecho. Yo tendré una maestra en un internado de la costa Este que se sentará bajo un retrato de la reina Alejandra. Es ahí donde voy a ir, lo mismo que Susan y Rhoda. Esto es sólo aquí; sólo ahora. Estamos tumbados bajo los groselleros, y todas las veces que se levanta la brisa, nos llenamos de motas de sombra. Tengo las manos como de piel de serpiente. Mis rodillas son islas flotantes de color rosa. Tu rostro es semejante a un manzano cubierto de un fino entramado.

—Está dejando de hacer calor —dice Bernard— en la jungla. Las hojas baten alas negras sobre nosotros. La señorita Curry ha tocado su silbato en la terraza. Tenemos que salir arrastrándonos de debajo del toldo de las hojas de los groselleros y erguirnos. Llevas ramitas en el pelo, Jinny. Y una oruga verde en el cuello. Tenemos que alinearnos de dos en dos. La señorita Curry nos va a llevar a que demos un paseo rápido mientras la señorita Hudson se queda en el escritorio ordenando sus cuentas.

—Es aburrido —dice Jinny— caminar por la carretera sin ventanas a las que mirar, sin ojos soñolientos de cristal azul abandonados sobre la calzada.

—Debemos formar parejas —dice Susan— y caminar ordenados, sin arrastrar los pies, sin retrasarnos, con Louis delante para guiarnos, porque Louis está atento y no se pierde en ensueños.

—Dado que se me juzga —dice Neville— demasiado delicado para ir con ellos, dado que me canso con facilidad y luego enfermo, voy a utilizar esta hora de soledad, este liberarme de la conversación, para recorrer los alrededores de la casa y recuperar, si me es posible, quedándome

en la misma escalera a mitad de camino para el descansillo, lo que sentí anoche al oír hablar del difunto a través de la puerta batiente mientras la cocinera entraba y salía con los cestos. Lo encontraron degollado. Las hojas del manzano se inmovilizaron en el cielo; brilló la luna; no pude levantar el pie del peldaño. Lo encontraron en una boca de alcantarilla, con la sangre gorgoteando. Las mejillas tan blancas como bacalao en salazón. A esta contracción, a esta rigidez, la llamaré ya siempre «muerte entre los manzanos». Estaban las nubes flotantes, de color gris pálido; y el árbol inconsolable; el árbol implacable con su corteza de plata cincelada. El impulso de mi vida resultaba ineficaz. No me era posible seguir adelante. Había un obstáculo. «No soy capaz de superar este obstáculo ininteligible», dije. Y los demás siguieron. Pero nosotros estamos condenados, todos nosotros, por los manzanos, por el árbol desconsolado que nos detiene.

»La contracción y la rigidez han pasado ya; y continuaré con mi recorrido por los alrededores de la casa a última hora de la tarde, casi al anochecer, cuando el sol cree manchas oleaginosas sobre el linóleo, y un rayo de luz se arrodille en la pared y haga que parezcan rotas las patas de la silla.

–He visto a Florrie en la huerta –dice Susan–, cuando regresábamos de nuestro paseo, con la colada hinchándosele alrededor, los pijamas, la ropa interior, los camisones apretándosele contra el cuerpo. Y Ernest la besó. Llevaba el mandil de bayeta verde y estaba limpiando la plata; la boca se le vació como una bolsa bien apretada y la abrazó con los pijamas hinchándose entre los dos. Él estaba tan ciego como un toro enfurecido, y ella se des-

mayó por la angustia, con sólo unas venitas manchándolo de rojo la blancura de las mejillas. Ahora, aunque los dos nos distribuyen bandejas con pan y mantequilla y tazas de leche a la hora del té, veo una grieta en la tierra y vapor caliente que silba; y la tetera ruge como rugía Ernest, y yo me hincho como los pijamas, incluso mientras mis dientes se encuentran en el pan tierno y la mantequilla, y bebo a lengüetadas la leche azucarada. No me da miedo el calor, ni el helado invierno. Rhoda sueña mientras chupa una corteza de pan empapada en leche; Louis mira la pared que tiene enfrente con ojos de verde caracol; Bernard hace bolitas con su pan y las llama «gente». Neville, con sus modales pulcros y decididos, ha terminado ya. Ha enrollado la servilleta para introducirla en el aro de plata. Jinny hace girar sus dedos sobre el mantel como si estuvieran danzando al sol, haciendo piruetas. Pero a mí no me dan miedo ni el calor ni el invierno helado.

—Ahora —dice Louis— nos levantamos todos. La señorita Curry abre al máximo el libro negro sobre el armonio. Es difícil no llorar mientras cantamos, mientras le pedimos a Dios que nos mantenga a salvo mientras dormimos, llamándonos a nosotros mismos niñitos. Cuando estamos tristes y temblamos de miedo es muy agradable cantar juntos, inclinándonos un poco, yo hacia Susan, Susan hacia Bernard, cogidos de la mano, temerosos de muchas cosas, yo de mi acento, Rhoda de las cifras; decididos sin embargo a vencer.

—Subimos las escaleras como caballos —dice Bernard—, pisando fuerte, ruidosos, uno tras otro para turnarnos en el cuarto de baño. Nos empujamos, peleamos, saltamos sobre las duras camas blancas. Me ha llegado el turno. Entro.